

Primer Premio

Tula Fernández Maqueiga

Los recuerdos de la tierra

Me encuentro en un estado de completa inmovilidad, recluso en un profundo pozo negro. Mis brazos están cruzados sobre mi pecho, mientras que mis piernas se extienden en direcciones opuestas. La temperatura no me afecta, a pesar de que el sol brilla de manera persistente, indicando que probablemente estamos en primavera. Los días se alargan, envolviéndome en una sinfonía de colores y fragancias: las tardes naranjas, los días celestes, el verde de los jardines, el tomillo de los caracoles en las cocinas, y el azahar, ¡ay el azahar! No hay nada más bonito que una primavera en Sevilla.



Aquí dentro huele a humedad. Es la tierra que se empapa por la lluvia, a veces ligera, casi vaporosa, otras en forma de aguacero torrencial. Me gusta la lluvia. De no ser por el fétido olor a humedad preferiría que lloviera todos los días, pero casi todos los días es el sol el que se coloca encima del agujero. Esta tierra no huele a verde; no es tierra cuidada, pues no es tierra de nadie.

A veces escucho voces. Antes eso nunca ocurría, pero ahora sí las escucho. No me atrevo a determinar el tiempo; no sé decir si hace años, meses o semanas. Aquí abajo, el concepto tiempo hace mucho que se congeló, pero he oído unos pasos caminando sobre mí. También he escuchado palabras y hasta un llanto de mujer o eso me pareció. Reconocí el llanto desde las entrañas de la tierra porque así lloró mi Teresa aquella noche. Mi Teresa, ¡qué gran mujer!

Teresa de la Cruz vivía en la misma calle que mi amigo Juan el Gato, cerca de la plaza, en una casa blanca que olía a incienso de cerca que estaba de la iglesia. Teresa se crio sin madre y con la única compañía de su padre, un borracho indecente que la maltrató siempre por el mero hecho de haber nacido. Yo la conocí ya de muchacha, cuando iba a buscar a mi amigo para los trapicheos que nuestra juventud nos permitía. Uno de esos días calurosos de mayo, ella se cruzó en mi camino mientras se dirigía al taller de costura donde trabajaba. Después de

que mis ojos se toparan con los suyos, mi cuerpo ya no encontró reposo y ni siquiera las argucias del Gato pudieron ya arrancarme de la esquina por la que Teresa torcía a diario el revuelo de su falda. Cada tarde de cada día me plantaba en el mismo sitio con el tembleque en las piernas y la esperanza en la boca. Ella se dejaba mirar y a mí se me enredaba tanto la lengua al verla que ni capaz era de dedicarle un saludo cuando el aire de su persona me rozaba la camisa. Cansado ya de sudar quereres sin sonido y dispuesto a clausurar para siempre la esquina donde me paraba para verla, fue Teresa la que un día quiso juntar sus zapatos con los míos y vino a mi casa a buscarme. ¡Así de decidida y valiente era ella! Lo que sucedió esa tarde no lo olvidé nunca. Yo me calentaba un caldo, era de cebolla. Ella, sin yo saberlo, escondía su vergüenza en los portales. Entonces, destapé la olla en la cocina y un vapor espeso me cubrió la cara. Abrí la ventana de par en par y entonces la olí. Las cebollas no pudieron anular el olor de aquella mujer que me tenía el hígado enamorado. Le abrí la puerta y ella pronunció mi nombre. Ese día, torpe como era, tampoco me salieron las palabras de la boca, pero me salió todo lo demás.

Teresa tenía la belleza de un animal salvaje, los ojos como dos ciruelas maduras y las ganas de amar de las que no han sido amadas nunca. Esa mujer escuchó de mi boca los resuellos del goce antes que mi voz, porque era tanto el amor que me cabía dentro que parecía que en mi cuerpo no quedaba espacio para el habla. Con el esfuerzo de un joven inexperto, ensayé unas palabras con las que pedirle al padre la mano de su hija, que a esas alturas ya había metido sus pocas cosas en un hatillo y me esperaba fuera. El padre llegó borracho y, antes de que yo me sacara el discurso del cuello, él empezó a vocear. No era mi persona lo que le molestaba, ni que no tuviera donde caerme muerto, pues en eso íbamos a la par, sino que él había criado a la muchacha más bonita del pueblo y esperaba su momento para que esas carnes de joven hermosura le devolvieran el favor con un modesto negocio que a los dos sacara de la pobreza. Después de escucharlo, ya tampoco me quedó tiempo para usar las palabras, sino que tuve que usar los puños. Con este devenir de los acontecimientos, Teresa casi conoció mi voz en el bendito instante en el que le prometí amor eterno en la parroquia de Santa Ana, con un «sí, quiero» delante de Don Anselmo, el párroco, que tampoco conocía mi voz de tan poco que había rezado yo en mi vida.

Con el tiempo salimos adelante. Ella cosiendo vestidos para otras mujeres y yo trabajando en el campo. Nunca salió una queja de su boca, y de la mía siguieron saliendo resuellos de placer cada noche, porque nada hubo nunca más hermoso que reposar mi cuerpo al lado de la espalda caliente de Teresa.

Ahora escucho golpes continuos. La tierra se mueve y tiembla a veces. Me cae encima como una lluvia de polvo. La escucho. Se mueve por dentro. La tierra está seca y dura. La están rascando. Cruje. Son sonidos gruesos, metálicos. No es la lluvia. No sé qué es. Nuevas voces se escuchan por momentos, desaparecen y de nuevo vuelven.

El cuerpo de Teresa era lo más hermoso que yo he visto en mi vida. Tenía las piernas delgadas y largas. Cuando se desparramaba entre mis brazos, toda ella era inabarcable; con sus pechos pequeños y blancos en los que se balanceaban delicadamente unas areolas morenas. Tumbada de costado, su cuerpo se convertía en una prolongada curva que a mí me gustaba recorrer con los dedos. Todas las palabras de amor cabían en su espalda. El cuerpo de mi mujer era un bello reposo. Yo lo conocía en todas sus formas, posturas y maneras. Lo probé salado y dulce, sucio de sudor y perfumado con agua de colonia, lo vi encorvado entre costuras y lánguido en la cama, pero nunca imaginé que el cuerpo de Teresa se pudiera hinchar hasta ponerse redondo y duro como una sandía. Así de hermosa y rotunda estuvo Teresa durante el embarazo de nuestra niña.

Candela nació blanca y gorda como un pan. Una bendición. Vio al nacer un techo cubierto de vigas, unos muros limpios y encalados, un cabecero de forja y una colcha de hilo. Una mesa de madera, una cesta llena de telas de colores, un baúl que contenía la ropa de la casa, una esterilla, una cocinilla, un lebrillo y un recipiente de barro donde su madre mantenía el agua fresca con hierbabuena. Al año nos vino una nueva redondez y un muchachito, mi José. El niño nació lento de entendederas y sufrió muchas veces la humillación de los que se pensaban mejores. Pero José no lamentó nunca su retraso; en lugar de esforzarse por entender el mundo, se dedicó a amarlo por entero. Candela lo defendía de los demás niños del barrio. Su madre y yo, por nuestra parte, lo quisimos defender de la vida, hasta que acabamos entendiendo que era la bondad de José la que nos protegía a todos nosotros.

Así se nos pasó la vida, la buena. Yo trabajando en el campo, Teresa ensartando agujas. El tiempo nos trató con justicia. Aunque pobres, nunca nos faltó un plato de comida en la mesa. Hasta que todo se deshilachó, como las desgastadas telas de Teresa, pero de eso no me quiero acordar.

A mi José no le gustaba el campo. Prefería quedarse en casa, embelesado con el mete y saca de las agujas de su madre. Con los mismos ojos absortos con los que nació y la sonrisa infinita en su boca, seguía el movimiento de los pies de su madre, el de las manos y hasta el de los labios cuando remataba la faena cortando el hilo con los dientes. Incluso era capaz de contarle las puntadas y, al final del día, las

escribía en una libretita que le regalé por su cumpleaños, uno de los pocos que habría de celebrar, pues Don Jacinto, el médico, nos tenía dicho y recordado que el niño moriría pronto.

A Candela, sin embargo, le gustaban la tierra y los animales. Ella se enganchaba a mi mano cada vez que podía y me pedía que la llevara al campo y la montara en los burros. Su madre gritaba, gritaba mucho cuando yo la consentía y la llevaba. A la madre le daba reparo el campo, porque la niña era lista y por nada del mundo quería que dejara de ir a la escuela. A mi Candela le gustaba la tierra porque la ayudaba a soñar. Le encantaba fijar su infantil mirada en el horizonte y contemplar la grandeza del mundo. Mientras yo cargaba y descargaba, ella se quedaba allí durante horas, aliviándome los huesos con una sonrisa mellada. «Cuando sea mayor recorreré el mundo entero». Yo me inventaba historias para ella. Candela era una niña fuerte, no una de esas niñas remilgadas y blandas. Mientras yo inventaba otros mundos para ella, notaba cómo la mirada se le iba escapando del cuerpo hasta que se perdía en aquel horizonte de fantasías. Luego ella me daba las gracias y yo me sentía grande y listo.

Hoy me siento inquieto. Me ha parecido que alguien decía mi nombre. Lo he escuchado claramente, porque hoy la tierra no se ha movido. Tampoco llueve. Hay mucha calma, más de la normal. Parece que los golpes han cesado y diría que el peso de la tierra fuera más leve estos días. Hay pasos ahí arriba. Hace tiempo que sé que no estoy solo. Los oigo. Algunos días, cuando el viento me ayuda, los escucho hablando. Hay voces de hombres y de mujeres. Hay voces que suenan jóvenes y otras son voces viejas. Puede que sean voces como la mía, voces que están en otros agujeros del olvido, como yo. Debe de ser eso ¿Qué si no? Pero, ¿cómo no sentirme inquieto? He escuchado mi nombre en la voz de una mujer. La última vez que escuché mi nombre fue para levantarme y morir.

Yo creo que Teresa me amó siempre, pero el día que más bonito le vi el amor en la cara fue cuando llegué a la casa con la máquina de coser. Era de la tía de mi amigo el Gato, que la había espichado, eso me dijo. Yo, que de nada conocía a esa mujer quise sentir su pérdida, pero la alegría de poder hacer semejante regalo a Teresa me hizo dar un grito de alegría en el momento justo en el que mi amigo me hizo una oferta de compra. Yo no tenía una peseta más de las que ganaba y entregaba en casa, pero el Gato se dejó regatear el precio, no por mí, sino por Teresa, a quien quería como una hermana. Le di mi palabra de que iríamos cumpliendo con los pagos. De eso se encargó ella, que era mejor administradora que yo, y eso lo sabía el Gato y el resto del vecindario.

Durante ese tiempo, la espalda de Teresa no dejó de coser. Joselito dejó de contar puntadas y empezó a darlas, y Candela se hizo mujer. A nadie en mi casa le pesó nunca el trabajo. Yo aceptaba cualquier otro encargo que se presentara y ella ya no sólo cosía para el pueblo, sino que le llegaban pedidos de otros pueblos y hasta de gente de lo más elegante de Madrid. Tenía tantas entregas que pudimos ahorrar un poco y, de camino, pagarle al Gato lo convenido. Esos fueron buenos tiempos. Luego llegaron otros, aunque de esos solo me dio la vida para el comienzo.

Una noche de verano nos dieron el anuncio. La gente del pueblo salió a las calles. Fue entonces cuando llegaron más noticias y empezaron las revueltas. Se hablaba de un golpe, de detenciones en todo el país, de un levantamiento militar, de muertos y detenidos. Se hablaba mucho y se sabía muy poco. Un torbellino de confusión se cernía sobre todos, hasta que el miedo se instaló en el pueblo como una sombra que tapaba los días.

Teresa me agarraba de la camisa por las noches y echaba el cerrojo. Se llevaba la llave a la boca y la apretaba entre los dientes hasta que escuchaba la promesa de que me quedaría en la casa con ellos. El revuelo de gente en las calles lo alborotaba todo. Intenté aguantar, por ellos; en silencio, a oscuras, apretando los dientes de rabia, hasta que una madrugada escuché los gritos del Gato. Se lo llevaban preso y salí. ¿Qué si no? En el campo, algunos nos habíamos organizado en un sindicato para reclamar mejores condiciones. Eso tenía yo en mi contra, y el Gato y muchos otros: la lucha por una vida más digna.

Salí de mi casa y ya nunca más volví. Yo sé que fueron muchos los que nos buscaron. En esos días de verano todos buscaban a alguien. Me mandaron decir que habían cogido a Teresa. Don Jacinto, el médico, la estuvo buscando hasta que la encontró. Pudo entrar en el estrecho pasillo que daba a las celdas y esperó frente a ella mientras uno de los guardias abría la puerta. La vio detrás de los barrotes; sucia, despeinada, con los ojos irritados y la boca todavía empapada de rabia, pero mantenía la cabeza erguida. El médico me dijo que había visto a hombres hechos y derechos llorando como niños, pero que encontró a Teresa sentada en un banco de madera con la espalda erguida y la cabeza alta. Que cuando la recogió, ella no se derrumbó, y que antes de abandonar la celda se estiró el pelo con las manos y dio un fuerte tirón del vestido hacia abajo, luego alzó la cabeza y se puso en pie. Y entonces yo supe que era mi Teresa. Cuando ella se estiraba el vestido, estaba rabiosa. Conmigo hubo un tiempo en que tuvo que alisarse la falda muchas veces, pero la tela no logró ceder del todo. Fue cuando empecé a trabajar para el sindicato. Aquello no la convencía. Ella decía que quería vivir en paz y ahorrar para mejorar su negocio. Aun así, lo entendió y me apoyó.

Teresa siempre fue una mujer decidida y tan hermosa que era imposible separarte de ella. Por eso, durante esos días de presión, sin el calor de su cuerpo junto al mío, pasé tanto frío.

No sé cuánto tiempo pasó. También entonces perdí la noción del tiempo. Aquella era otro tipo de oscuridad, más sonora, menos húmeda, pero igual de temible. Una tarde nos montaron en un camión y nos pasearon por el pueblo. Delante de la puerta de mi casa vi a Teresa, a Candela y a mi José. Candela tenía los ojos llorosos y el vestido mojado. ¡Mi Candela, pobrecita mi Candela, tan soñadora! Nos reunieron a todos en la plaza, cerca de mi casa y de Teresa y de mi Candela y de mi pobre José con su inagotable sonrisa. Después ya no me acuerdo de mucho porque me convertí en río.

Hoy la tierra está más blanda de lo normal. No puede ser, porque es del todo imposible; sin embargo, puedo sentir el viento. Minúsculos granos de tierra revolotean aquí dentro. Es un movimiento suave, circular. Si tuviera pulmones podría respirar. Abriría la boca redonda y aspiraría la brisa de la primavera y el olor de la dama de noche. ¡Ay, el olor de la dama de noche!

El último verano que viví no duró mucho y agosto no llegó a su fin. Las últimas estrellas las vi en el cementerio. No estaba solo, un grupo de presos nos aliviábamos el miedo. El camión se detuvo en el cementerio de San Fernando, donde nos esperaba una tapia. Bajamos de uno en uno y en silencio, sin querer saber que andábamos caminando nuestra última noche. Allí nos colocamos, esperando que la vida se alargara unos minutos. Ellos enfrente, esperando no alargarse mucho. El punto final lo puso una ráfaga de metralla. Vi cómo nos apuntaban. Dieron la orden. Entonces, yo me agarré a la espalda de Teresa en nuestra cama, a la infinita sonrisa de José y a la decidida voluntad de mi Candela. Después de eso, la tierra se abrió en canal para recibirnos y llegó la oscuridad.

Hay una mujer que llora arriba. Dicen que llora por mí. Yo espero aquí atento a todo. Puedo quedarme aquí todos los días de las vidas de los demás, pero hoy tengo prisa. He escuchado su nombre junto al mío. Una voz emocionada dicta una lista, empareja nombres de vivos y de muertos. Eso creo. «Candela, hija de Manuel» y el peso de la tierra se ha levantado sobre mí. Hace un sol cegador, me habría gustado sentir la lluvia, pero no importa. Es ella, mi Candela luchadora. Desconozco si habrá recorrido el mundo, pero aquí está, sacándome del olvido.

Bernarda Corrales